

MN. GUDIOL Y EL MUSEO EPISCOPAL DE VIC¹

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA ARTIGRAFÍA EN CATALUÑA

Josep Bracons i Clapés

El pasado año 1981 se cumplió el 50 aniversario de la muerte de mosén Gudiol. Sirva esta efemérides de pretexto para insistir en la importancia de su labor como historiador del arte en Cataluña —quizá no del todo manifiesta— y para detallar la que fue, sin lugar a dudas, la más fecunda de sus actividades: la de conservador del Museo Episcopal de Vic o, más propiamente, *Museu Arqueològic-Artístic Episcopal de Vic* (MEV).²

1. ORÍGENES DEL MUSEO DE VIC

El nacimiento de esta institución se vino gestando paralelamente al proceso de toma de conciencia por parte de los estamentos ilustrados de la ciudad de Vic del progresivo deterioro que a lo largo del siglo XIX había venido sufriendo, en general, el patrimonio artístico. Varios fueron los intentos llevados a cabo para que la idea de impulsar un museo como centro de salvación y conservación de obras de arte se materializara, debiendo pasar algún tiempo antes de que cristalizara definitivamente.

Uno de los objetivos que la exposición arqueológico-artística celebrada en Vic el año 1868 se había marcado era el de sentar las bases de un museo, siendo esta la primera vez que la idea se manifestaba abiertamente.³ Sin embargo, el período de inestabilidad que va desde esta fecha hasta 1876 lo hizo prácticamente inviable. Agravadas todavía más, si cabe, las circunstancias de abandono del patrimonio artístico al término de este período, en 1879 interviene la iniciativa privada: un grupo de socios del *Círcol Literari* vicense (eran sus cabezas visibles Jaume Collell, Joaquim d'Abadal, Antoni d'Espona y Josep Viguer) se encargó de gestionar la cesión por parte de los mismos socios del *Círcol* de las obras de arte que fueran

de su propiedad⁴ y de este modo a partir del mes de enero del año siguiente una sala de los locales del citado *Círcol* se destinó a la exposición de objetos arqueológicos y artísticos. De entre ellos sobresalían unas pinturas góticas muy probablemente cedidas por el arquitecto y pintor Antoni de Ferrer i Corriol.⁵ Posteriormente, el *Círcol* adquirió corporativamente algunas obras tales como los frontales románicos de Espinelves o de Sant Martí de Puigbó.⁶

El año 1882, del que nos corresponde conmemorar el centenario, constituye un punto de referencia importante en la historia de Vic pues por un lado es el del inicio del episcopado de Josep Morgades y por el otro es el del descubrimiento de la cella de un templo romano entre las ruinas del antiguo castillo de los Montcada. Con objeto de garantizar la conservación de esta venerable ruina se constituyó la Sociedad Arqueológica vicense, presidida honoríficamente por el obispo Morgades y cuya junta directiva estaba integrada por J. Collell, A. d'Espona, M. Genís i Aguilar, Joaquim d'Abadal y J. Serra i Campdelacreu.⁷ En la sesión inaugural de esta Asociación (29-X-1882) don Antoni Elias de Molins pronunció un parlamento en el que dejó constancia de que «la creación de un museo de antigüedades podría ser algún día el complemento de la labor que esta Sociedad se ha impuesto»,⁸ aunque teniendo en cuenta la estrecha vinculación existente entre las cabezas visibles de la Sociedad Arqueológica y del *Círcol Literari* no debe extrañarnos que algunos de los objetos hallados entre las ruinas del castillo pasaran directamente al museo de esta última entidad. Este seguía incrementando el número de objetos que custodiaba de modo que en 1886 se hacía constar que el local que ocupaba comenzaba a ser insuficiente.⁹ En otro orden de cosas, el museo del *Círcol* suscitaba ya el interés de los visitantes de la ciudad; sabemos, por ejemplo, que fue visto por D. Francisco Giner de los Ríos y por M. Ch. Didelot, canónigo de la catedral de Valence y miembro de la Sociedad Francesa de Arqueología que posteriormente publicó en el «Bulletin Monumental» unas notas arqueológicas sobre Cataluña (traducidas al castellano en la publicación «La plana de Vich»). Las piezas que por aquel entonces suscitaban mayor admiración eran ya los frontales románicos.¹⁰

La ocasión para darlos a conocer al gran público —e incluso a muchos estudiosos— se presentó con la Exposición Universal del año 1888, la cual sirvió además de catalizador para que aquello que hasta entonces había sido la colección privada de una entidad local se convirtiera en un museo de gran alcance. Cabe atribuir a la personalidad del obispo Morgades la realización de esta idea puesto que fue él quien supo comprender que en aquel preciso momento concurrían las condiciones óptimas para llevar a la práctica aquello que desde 1868 era únicamente un ideal alcanzado a medias.

Aprovechando la circunstancia de que el obispado había sido invitado a participar en el certamen universal, a partir de los primeros meses de 1888 se llevó a cabo una campaña intensiva de recolección de piezas en toda la diócesis, de modo que pronto se pudo disponer de un buen número de ejemplares. Persona decisiva en esta labor fue el canónigo Ramón Corbella, secretario de visita del obispo Morgades.¹¹ Con los objetos recogidos

—y con los que aportó el *Círcol Literari*— se compuso la instalación de la diócesis ausonense en la Exposición Universal de Barcelona. Constaba de frontales románicos, pinturas góticas, tejidos, bordados, piezas de orfebrería y algunas esculturas. Su importancia fue reconocida con tres medallas de oro (una por el frontal florentino de Manresa, otra por los tejidos de St. Joan de les Abadesses y la tercera por el conjunto de las demás series del obispado) y cabe atribuirle además la excepcional aportación de haber dado a conocer públicamente y por primera vez el pasado románico de Cataluña. En este extremo reside una de las bases sobre las que se fundamentó la transcendencia de la sección arqueológica de la Exposición Universal, a partir de la cual fructificaron, además de los museos de Vic y de Barcelona, las exposiciones oficiales de bellas artes en esta ciudad y, en cierta forma, la investigación histórico-artigráfica catalana.

Definitivamente establecida la participación ausonense en la exposición de 1888, las gestiones que llevaba a cabo el obispado para recopilar obras de arte no se interrumpieron. Al contrario, la adquisición de objetos prosiguió con una intensidad creciente y ya entonces con una intención explícitamente manifiesta. El mes de agosto de aquel año —mientras todavía permanecía abierta la exposición— la revista «La Veu del Montserrat» (portavoz oficioso de los primeros años de vida del MEV, como desde 1886 también lo era de la reconstrucción del monasterio de Ripoll) anunciaba: «amb gran satisfacció comuniquem avui als nostres lectors que per ordre de l'Excm. Sr. Morgades s'han començat les obres convenientes per a instal·lar un Museu Arqueològic en la sala del costat de la biblioteca episcopal, situada en lo pis de sobre l'ala dels claustres de la catedral, que dóna al migdia».¹² Acababa de nacer el Museo Episcopal de Vic, resultado definitivo de los esfuerzos llevados a cabo en este sentido desde, por lo menos, veinte años atrás y que a partir de aquel momento quedaría configurado como el «museo de Vic» por antonomasia.

Si el obispo Morgades había puesto el medio, la Sociedad Arqueológica —crecida en el seno del *Círcol Literari*— aportó el trabajo y la voluntad de continuar con la labor emprendida. Sin embargo, si tenemos en cuenta que tras estas empresas están casi siempre los mismos hombres, no será descabellado presentar el nacimiento del MEV como la obra de unas personas concretas: Jaume Collell —personalidad muy interesante, emprendedor de primer rango y cuya labor en la sombra cabría reivindicar pues él es el generador y el sostén de la idea del museo—, Josep Morgades —como patriarca y en cierta forma mecenas—, Antoni d'Espona i de Nuix, Josep Serra i Campdelacreu, Joaquim d'Abadal i Calderó, Joaquim y Josep Salariç, etc...., encabezan esta lista de prohombres adelantados de la vida cultural vicense, creadores y mantenedores de un buen número de empresas (*Círcol Literari*, Sociedad Arqueológica, *Esbart de Vic*, Museo Episcopal e incluso las restauraciones de Ripoll y St. Joan de les Abadesses) en aquel momento brillante de la historia de Cataluña, entre la *Renaixença* y el Modernismo.

Así pues, con la aportación de estos hombres y al amparo de la estructura organizativa que facilitaba el obispado nació el Museo de Vic. La preparación de sus instalaciones debió ir avanzando durante el otoño

y el invierno de 1888 y en ellas se refundieron las obras recogidas hasta el momento por el obispado, muchas otras cedidas por particulares así como la gran mayoría de las que hasta entonces habían pertenecido al museo del *Círcol*. Una vez clausurada la Exposición Universal de Barcelona fueron enviadas a Vic las piezas que habían sido presentadas, las cuales se integraron con todos los honores en el Museo Episcopal.¹³

Constituido ya en el aspecto formal era necesario darle cuerpo como entidad. El obispo Morgades firmó al parecer un decreto conteniendo las bases para su creación oficial el 22 de enero de 1889¹⁴ y poco tiempo después nombraba una junta cuya finalidad era la de velar por la conservación y el crecimiento del Museo. La integraban: Josep Morgades, presidente; Jaume Collell, vicepresidente primero; el Dr. Jaume Serra i Jordi, vicepresidente segundo; Antoni d'Espona, conservador; Francesc de Febrer, tesorero; Josep Serra i Campdelacreu, secretario; Joaquim d'Abadal, vicesecretario y Josep Salarich, Martí Genís i Aguilar y Mn. Josep Masferrer, vocales.¹⁵

El crecimiento del Museo era ya imparable. Lo potenció en gran manera una circular de fecha 10-VII-1889 dirigida por el obispo a los diocesanos y especialmente dedicada a los párrocos.¹⁶ En ella exponía la intención ya consumada de formar un museo diocesano que debería custodiar todos aquellos objetos que por su valor arqueológico lo merecieran, especialmente si se relacionaban con el culto divino. Habiendo constatado el éxito inicial de la empresa se hacía hincapié en la necesidad de coronarla. De este modo, se recomendaba de forma tajante que se entregaran al Museo todos aquellos objetos que, habiendo quedado apartados del culto, pudieran correr algún peligro próximo o remoto. El obispo se había dado cuenta de que las maniobras de los traficantes de obras de arte tenían a su favor en muchos casos la ignorancia o el desconocimiento de los propios clérigos, por lo cual —además de lo anteriormente expuesto— anunciaba la creación de unos cursos de arqueología sagrada en el seminario. El último punto de la circular exponía brevemente la intención futura de organizar unas respectivas secciones del Museo en Sant Joan de les Abadesses, Ripoll y Manresa.¹⁷

Tras la publicación de la citada circular los ingresos de piezas aumentaron considerablemente, hasta el extremo de que D. Antoni d'Espona, que ya tenía preparado un catálogo del Museo y se disponía a entregarlo a la imprenta, debió retrasar por bastante tiempo su publicación.¹⁸ Otro indicio del excepcional crecimiento del Museo lo hallamos en la ampliación del espacio que ocupaba: de la sala donde se alojaba inicialmente (en la parte norte del piso alto del claustro) se extendió al ala de levante y luego a otras tres salas de aquel piso superior. Con esta ampliación fue posible sistematizar, ni que fuera rudimentariamente, la exposición de las piezas. Cada sala recibió una atribución específica, dedicándose respectivamente 1) al arte desde el Renacimiento hasta nuestros días, 2) a la pintura gótica, 3) a frontales románicos y orfebrería, 4) a escultura y 5) a metalistería.¹⁹

En estas circunstancias pudo preverse la inauguración oficial del Museo, que fue fijada para la fiesta mayor de la ciudad de Vic (la festividad

de San Miguel de los Santos, de quien en aquel año —1891— se conmemoraba el tercer centenario de su nacimiento).²⁰ Entretanto, había aparecido en las páginas del «Diario de Barcelona» el que para nosotros es el primer artículo que daba a conocer la obra del Museo. Lo firmaba Francesc Miquel i Badia y por él sabemos que se poseían alrededor de mil piezas.²¹

El martes 7 de julio de 1891 tuvo lugar en el salón de sínodos del palacio episcopal el acto inaugural del Museo. Tomaron la palabra su conservador, A. d'Espona; J. Serra i Campdelacreu; el presidente de la Asociación Artístico-Arqueológica de Barcelona, Josep Puiggarí; el eminente historiador P. Fidel Fita y el alcalde de la ciudad, D. Antoni Bayés. Todos los parlamentos hicieron gala de un fuerte sentimiento catalanista. De ellos, el que resulta más interesante para nosotros es el del conservador, el cual leyó una memoria en la que exponía el camino transcurrido hasta llegar a aquel día y en la que manifestaba que entonces el Museo constaba de 1.280 objetos, además de otros varios que el cabildo había aportado la víspera de la inauguración.²²

El interés que despertó el Museo Episcopal los días que siguieron al acto inaugural fue tan enorme que del 7 al 11 de julio de aquel año se contabilizaron 1.700 visitantes (!).²³ Era lógico. Téngase en cuenta que se trataba del primer museo diocesano constituido en todo el Estado Español²⁴ y, además, de una institución pionera de la museística en Cataluña. A parte de los museos provinciales de antigüedades —constituidos más en base a la captura ocasional que no a la búsqueda sistemática—, los intentos esporádicos de la barcelonesa escuela de *Llotja* y tres o cuatro iniciativas particulares de gran importancia (tales como las de Francesc Santacana en Martorell; la de Víctor Balaguer en Vilanova i la Geltrú; la de Francesc Martorell en Barcelona; etc....) el Museo de Vic fue la primera iniciativa firmemente constituida en Cataluña (la exposición de pintura, escultura y reproducciones inaugurada en Barcelona aquel mismo 1891 tampoco tenía una consistencia mínima) y además, por su contenido preferentemente de base medieval, se convirtió en un punto de referencia esencial en la labor colectiva y por entonces preeminente de redescubrimiento de los orígenes históricos de Cataluña. El hecho de tratarse de un museo de iniciativa eclesiástica constituye, por una parte, una novedad museológica pero es también un fenómeno que revela la actitud de una determinada rama de la iglesia, identificada con las posiciones catalanistas.²⁵

2. PRIMEROS TRABAJOS DE JOSEP GUDIOL

Por aquellos años inmediatos a su inauguración oficial, sin que pueda decirse exactamente cuando, comenzó la vinculación activa de Josep Gudiol i Cunill y varios de sus compañeros seminaristas al MEV. Eran unos momentos de gran actividad, pues no cesaban de registrarse nuevos ingresos de piezas, y D. Antoni d'Espona y Josep Serra i Campdelacreu, que eran quienes lo tenían a su cargo, necesitaban de alguien que les asistiese

en su trabajo. Por ello es de suponer que una de las primeras labores realizadas por los jóvenes asistentes fue la de proceder a la colocación de nuevas piezas, para las que muy pronto fue necesario habilitar mayor espacio. Este se halló en un pasillo (dedicado a metalisteria y armas) y dos salas (dedicadas a tejidos y monedas una y a códices la otra) que completaban el circuito por la zona Este del sobreclaustro.²⁶

Tras la inauguración oficial de Museo se planteó nuevamente la necesidad de disponer de un catálogo del mismo, cuya preparación hemos visto se había iniciado en 1889. El año 1892 se reemprendieron los trabajos con esta intención y hacia los primeros días de julio del año siguiente apareció la primera entrega, la cual constaba de 174 páginas. La segunda parte no apareció hasta 1896, completándose de este modo un volumen de 578 páginas en el que se inventariaba un total exacto de 3.000 objetos. Sus autores fueron, según se hace constar oficialmente, A. d'Espona y J. Serra i Campdelacreu auxiliados por los seminaristas Pere Bofill y Josep Gudiol. Sin embargo, este último escribiría posteriormente que fueron él y su compañero quienes cargaron con la mayor parte del peso de la obra, siendo el Sr. Serra el corrector de estilo y de técnica.²⁷ Al parecer, ambos jóvenes manifestaron sus discrepancias con ciertas clasificaciones y con la redacción final del trabajo, ya que pretendían que este fuera además de un simple inventario una buena obra de estudio. Para la realización del catálogo se recurrió en algunas ocasiones a personas tan acreditadas como Josep Puiggarí, Francesc Miquel i Badia, Lluís Domènech i Montaner o Fidel Fita.

Las discrepancias de los dos seminaristas parecen fundamentadas, ya que si tenemos en cuenta que —tal y como se hace constar en su propio prólogo— el catálogo es una labor realizada con prisas y que, además, no había remitido ni mucho menos el ritmo de adquisición de objetos, era obvio que quedaría inmediatamente superado. Así sucedió. Cuando apareció el segundo fascículo habían quedado excluidos de la publicación un total de 1.400 objetos ingresados en el período de tres años transcurrido (esta cifra representa aproximadamente la mitad de los objetos que ya contiene el catálogo !) además de la nutrida sección bibliográfica, el lapidario y una larga serie de casi 3.500 monedas. De todo ello, así como de las futuras adquisiciones, se pensaba dar noticia mediante suplementos o catálogos especiales que la práctica redució a las memorias o reseñas anuales de la actividad del Museo.²⁸

Estas nacieron en las páginas de «La Veu del Montserrat» por obra de Josep Gudiol, quien supo dár cuerpo a aquello que inicialmente eran simples notas periodísticas acerca de las nuevas adquisiciones. Éstas eran cada vez más numerosas y así, a fines de 1892 se les comenzó a dedicar una sección que apareció con cierta regularidad y que desde 1895 se convirtió en mensual hasta su desaparición, los primeros meses de 1899. Tal desaparición implicaba que a partir de aquel momento cualquier información sobre la vida interna del Museo debía hallarse en la memoria que, estatutariamente, correspondía leer al conservador en las sesiones anuales de la junta directiva. Estas memorias fueron publicándose en la prensa local pero a partir de un momento dado aparecieron

también en forma de pequeños opúsculos. De hecho, puede decirse que desde 1894 «La Veu del Montserrat» daba a conocer sustanciosos resúmenes anuales de la actividad de la institución —siempre escritos por el futuro mosén Gudiol— los cuales, tras la promulgación de los estatutos, se convirtieron en memorias oficiales.

El período de gran actividad en el que había entrado el Museo de Vic tras su inauguración tiene otros exponentes que la ampliación de las salas o la publicación del catálogo. Así, podemos dejar constancia de que en otoño de 1892 se enviaron a Madrid algunas piezas para que concurrieran en la exposición que se preparaba para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

En otro orden de cosas, en 1894 el obispo Morgades decidió enviar los jóvenes animadores de la actividad del Museo a Roma para que se orientaran en cuestiones referentes a arte y arqueología. Realizaron el viaje aprovechando las vacaciones estivales del seminario, Pere Bofill —diácono— y los seminaristas Josep Gudiol y Josep M.^a Baranera.²⁹ Su protagonismo era cada vez más notorio y un hecho como este demuestra la confianza que se habían ganado. Además, considerando el rapidísimo proceso de crecimiento a que estaba sometido el Museo, su aportación era cada vez más necesaria.

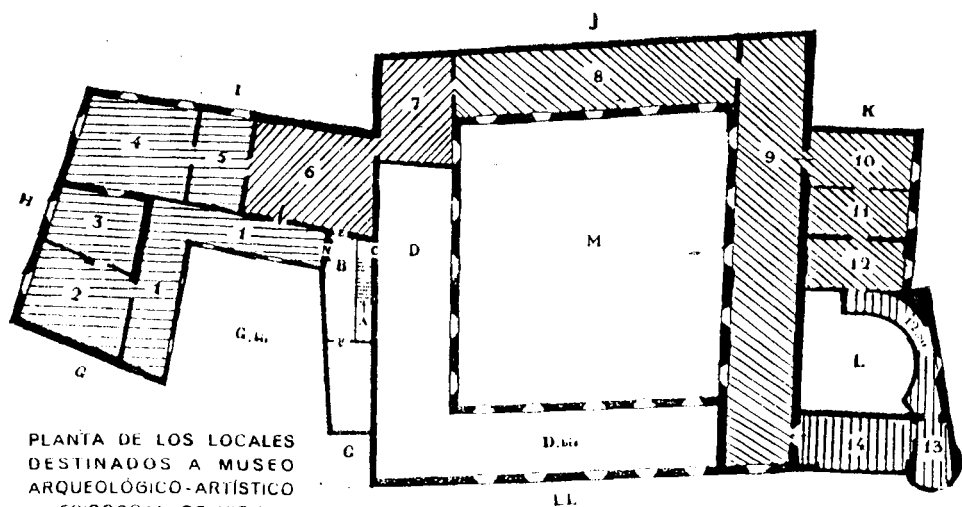
No decaía el ritmo de adquisición de objetos y con ello se agravaban los problemas de espacio. Téngase en cuenta que todavía no transcurridos cinco años desde su inauguración, las colecciones episcopales ocupaban ya prácticamente el mismo espacio que en 1936, sin que su crecimiento quedara estancado. Anticipándose a este grave problema de contenido y de continente se decidió potenciar la creación de un Museo Lapidario, el cual quedaba constituido como sucursal y complemento del originario. Se instaló, como era de esperar —y tal y como se había pensado tras su descubrimiento— en el entonces recién restaurado edificio del templo romano. Siguiendo el criterio de aligerar la exposición en las salas del palacio episcopal fueron trasladadas al templo romano un total de 200 objetos entre esculturas y fragmentos arquitectónicos. El aspecto que debía ofrecer esta exposición no podía ser muy diferente al de un gran almacén.³⁰

El nuevo retoño nacido del MEV no fue nunca inaugurado oficialmente. No obstante, podemos situar el punto de partida oficioso de sus actividades hacia julio de 1893 cuando fue visitado por varias personalidades eclesíásticas que se hallaban en Vic para asistir a la nueva consagración de la iglesia del monasterio de Ripoll.³¹ Actuó de conservador Josep Serra i Campdelacreu, salvador del edificio que lo albergaba. En realidad, la creación de este Museo Lapidario constituye la cristalización de una vieja aspiración, incluso a pesar de que hasta su desaparición tras la guerra civil de 1936-1939 su historia fue absolutamente paralela a la del MEV. En el edificio del palacio episcopal quedaron, sin embargo, un buen número de ejemplares de las series de prehistoria, arte griego y arte romano.

Respecto de este cabe hablar nuevamente de la extensión por otras salas. Ahora ya agotado el espacio disponible en las alas del sobreclaustro, fue necesaria la ampliación hacia lo que fueron dormitorios del palacio episcopal. En agosto de 1894 se ocuparon cinco habitaciones situadas entre

el patio del palacio y el ángulo formado por la plaza de la Catedral y la calle de Santa María, quedando estructuradas del siguiente modo: 1.^a, muebles, cerámica, telas, tapices, monedas y colecciones etnográficas; 2.^a prehistoria y arte antiguo; 3.^a, vidriería, guardameciles, instrumentos musicales, pintura sobre lienzo e indumentaria y 4.^a y 5.^a, pintura del Renacimiento a nuestro tiempo y mobiliario (camas).³² El problema que esta última ampliación planteó es el de que el Museo quedó ubicado en dos cuerpos distintos del edificio, incomunicados entre sí. En el transcurso del año siguiente se conectaron mediante la ocupación de sendas habitaciones del palacio episcopal y del sobreclaustro entre las cuales se abrió una puerta. A partir de este momento fue posible visitar el Museo sin necesidad de cruzar la biblioteca episcopal.³³

A las dos nuevas salas se trasladaron, respectivamente, algunos objetos de prehistoria y de arte antiguo, y la pintura sobre tabla posterior al gótico. Con esta última expansión el MEV estaba prácticamente ocupando el 100 % del espacio que le correspondió mientras estuvo ubicado en el edificio del palacio episcopal —hasta 1936!—. La estructura de la exposición tampoco sería ya sustancialmente modificada, tal como se refleja en la figura adjunta. Con todo ello no será difícil imaginar la importancia que con el tiempo cobraría el problema de la falta de espacio.



PLANTA DE LOS LOCALES DESTINADOS A MUSEO ARQUEOLÓGICO-ARTÍSTICO EPISCOPAL DE VICH

- A. Escalera de acceso.
- B. Alrta.
- C. Entrada a la Biblioteca Episcopal Pública.
- D. Biblioteca Episcopal Pública.
- D bis. Sala de lectura.
- E. Entrada al Almacén.
- F. Entrada a la Secretaría del Museo.
- G. Palacio Episcopal.
- G bis. Patio del Palacio.
- H. Calle de Santa María.
- I. Plaza de la Catedral.
- J. Catedral.
- K. Capilla del Santo Espíritu (Aula Capitular).
- L. Capilla de la Virgen "de la Redona".

- LL. Murella, lindando con la "Riera".
- M. Cíenstro de la Catedral.
- N. Acceso al Museo.
- 1. Sala primera: Etnografía. - Cerámica. - Monetario.
- 2. Sala segunda: Proto-historia. - Civilización antigua. - Arte romano-cristiano. - Arte árabe.
- 3. Sala tercera: Indumentaria civil. - Guardameciles. - Recuerdos.
- 4. Sala cuarta: Pintura sobre tela, sobre vidrio y sobre cobre. - Vidriería. - Instrumentos musicales.
- 5. Sala quinta: Dibujos. - Proyectos de arquitectura y mobiliario. - Pequeñas esculturas.

- 6. Sala sexta: Pintura sobre tabla, del período decadente. - Muebles.
- 7. Sala séptima: Tapices. - Recuerdos del obispo Murgades.
- 8. Sala octava: Pintura gótica. - Orfbrería. - Caplas.
- 9. Sala novena: Pintura gótica. - Bordados. - Indumentaria litúrgica.
- 10. Sala décima: Pintura y escultura románicas.
- 11. Sala undécima: Escultura gótica.
- 12. Sala duodécima: Metales bastos.
- 12 bis. Corredor: Metales bastos.
- 13. Sala decimotercera: Tejidos.
- 14. Sala decimocuarta: Códicos. Bibliografía. - Grabados.

Los últimos años de Josep Morgades como obispo de Vic representaron para MEV un crecimiento normal (tan sólo creció de forma singular el monetario, que fue nuevamente sistematizado). Seguramente a causa del mayor protagonismo que iban cobrando en su vida interna los jóvenes colaboradores, no se pensaba ya únicamente en la acumulación de objetos si no también en su correcta exposición y conservación. De acuerdo con este criterio, en 1894 fue designado un restaurador «oficial» del Museo, cargo que recayó en Alexandre Planella i Roura, quien tenía un buen prestigio en este terreno aunque falleció prematuramente en 1900.³⁴

En este estado de cosas llegó el momento en que Josep Gudiol fue ordenado sacerdote. Pocos días después de que esto sucediera el obispo le confió el cargo de bibliotecario de la Biblioteca Episcopal y de auxiliar del conservador del Museo —parece ser que A. d'Espona estaba buena parte del año ausente de Vic—, con lo cual quedaba vinculado a él de una forma estable. Mn. Gudiol era ya, de hecho, la persona que bajo la alta inspección de J. Morgades cuidaba de las colecciones episcopales.

El obispo Morgades, previendo que su partida de Vic habría de ser inminente se esforzó por dar al Museo una personalidad propia, convirtiéndolo en una institución teóricamente independiente del obispado. Designada una ponencia integrada por A. d'Espona, J. Serra i Campdelacreu, Mn. Pere Bofill —que tras el nombramiento de Mn. Gudiol desaparecería prácticamente del panorama del Museo— y el propio J. Gudiol, se procedió a la redacción de unos estatutos que fueron sancionados por el obispo el último día del año 1897. En este reglamento, todavía vigente, se determina la forma por la que el MEV se constituye, administra y gobierna. Algunas de sus cláusulas pudieran sorprendernos pero cabe interpretarlas desde el punto de vista del obispo Morgades, el cual quiso evitar que en un futuro próximo o remoto semejante empresa pudiera diluirse. La constitución estatutaria del Museo implicó la designación de una nueva junta de gobierno presidida, lógicamente, por el obispo e integrada por dos vicepresidentes, el conservador y diez vocales de entre los cuales sería elegido el tesorero y el secretario. En general, se mantuvieron las mismas personas que hasta el momento habían estado vinculadas a la institución, siendo sin duda alguna el nombramiento más sobresaliente el de mosén Gudiol como conservador en sustitución de A. d'Espona que pasó a ejercer de vocal/tesorero.

Si con estos estatutos y la partida del obispo Morgades de Vic (el cual, en Barcelona, intentó también hacer fructificar sin éxito inmediato la idea de un museo diocesano) culminaba el período constituyente del MEV como institución (fundamentado sobre la trilogía Collell-Morgades-seminarista Gudiol) a partir de entonces se abría una etapa en la que, junto a un crecimiento excepcional, habría de adquirir su personalidad propia como foco de animación cultural.

Si hasta entonces el Museo de Vic había sido el «museo del obispo Morgades» a partir de entonces empezó el camino que le llevaría a ser el «museo de Mn. Gudiol».

3. MOSÉN GUDIOL, CONSERVADOR DEL MUSEO

La inminencia de la partida de Josep Morgades dejaba al MEV desamparado, lejos de la tutela directa de su patriarca. Era necesario un hombre puente que mantuviera en estado de pureza el ideal fundacional pero que a su vez lo hiciera avanzar: la misión recayó en Josep Gudiol i Cunill, que lo había merecido a lo largo de su etapa como seminarista. Fue, además, un fidelísimo cumplidor que supo mantener el Museo apartado de las vicisitudes de los distintos obispados que conoció. Que el legado del obispo Morgades fuera defendido por quien conocía el terreno de una forma más directa que los propios obispos resultó ser un notable acierto.

Para que el Museo consiguiera una verdadera autonomía era necesario, además de institucionalizarlo, dotarlo de una economía propia. Hasta aquellos momentos había venido subsistiendo gracias a los pocos ingresos que pudiera producir la venta del catálogo y, sobretudo, en base a las aportaciones personales del obispo. En tanto que estas se acababan, hubo que encontrar una nueva fuente de ingresos. El obispo Morgades se guardó de obligar a sus sucesores con respecto a la economía del Museo y, en cambio, impulsó gestiones ante el Ayuntamiento de la ciudad, de modo que consiguió que éste, a partir de julio de 1898, consignara en sus presupuestos la cantidad de 500 ptas. anuales en concepto de subvención al MEV.³⁵ Durante bastante tiempo fue esta la única ayuda que la institución recibió desde fuera de su ámbito. Pese a lo dicho de que las aportaciones del obispado quedaban sujetas únicamente a la libre voluntad de los prelados, estos se mostraron altamente generosos.

Pocas semanas después de que mosén Gudiol comenzara a ejercer de conservador emprendió algo que se había hecho muy necesario: el inventario de los objetos del Museo que no constan en el catálogo. Este manuscrito se inició el 15-V-1898 y permanece todavía abierto pese a que el grueso del volumen de las adquisiciones se detiene poco antes de la guerra civil. Contiene, naturalmente, todos los objetos adquiridos a partir de aquella fecha —numerados a partir del 3.001—. Otro de los trabajos realizados durante el año 1898 fue el de seleccionar con mayor cuidado las piezas expuestas con la intención de descongestionar las salas.

Al año siguiente se produjo el relevo en la sede episcopal. Torras i Bages sustituyó Morgades. El hecho, que venía presumiéndose, no implicó ningún cambio brusco. Cuando el 22-X-1899 Josep Torras i Bages tomó posesión de la presidencia de la Junta del Museo éste tenía ya su propio ritmo de vida. Por el discurso que pronunció Mn. Gudiol en tal ocasión sabemos que el MEV poseía un total de 8.260 piezas, divididas entre 4.700 ejemplares diversos y 3.560 monedas y medallas.³⁶ De aquí en adelante la historia de la institución entra en un período más lineal, con escasas incidencias que no alterarán su trayectoria plenamente normal. Así, la junta directiva prosiguió con sus reuniones anuales en domingo de ramos y el conservador cumplía escrupulosamente con su misión. Tras la muerte de Josep Serra i Campdelacreu (1901) Mn. Gudiol asumió también el cargo de conservador del templo romano y del Museo Lapidario.³⁷ Sin duda alguna en relación con este hecho tuvo lugar una reordenación de las salas

dedicadas a las más antiguas civilizaciones, en las cuales se adoptaron criterios más científicos.

La actitud distante que, al parecer, mantenía Josep Torras i Bages contribuyó en cierto modo a flexibilizar las rígidas costumbres impuestas por su antecesor y de este modo, por ejemplo, se constata la participación de obras del MEV en la exposición de arte antiguo organizado en 1902 por la Junta de Museos y Bellas Artes de Barcelona. Durante aquel mismo año apareció la obra de Mn. Gudiol, *Nocions d'arqueologia sagrada catalana* (su autor fue catedrático de la materia en el Seminario), texto de una gran importancia en aquel momento que en el concurso Martorell de 1902 obtuvo el accésit dotado con 5.000 ptas. Esta cantidad fue destinada por su beneficiario al fondo económico del Museo, iniciando de este modo una línea ejemplar de conducta.³⁸

El año 1903 es de mal recuerdo para la institución pues durante la noche del 26 al 27 de junio tuvo lugar un robo que supuso la pérdida de un total de 254 objetos.³⁹ La mayoría eran piezas de las series de artes menores. Alguna de entre ellas pudo ser localizada años más tarde en una colección particular parisiense sin que las gestiones llevadas a cabo para su recuperación —que llegaron a interesar muy altas instancias del Estado— tuvieran un resultado práctico. A consecuencia de tal lamentable suceso la junta decidió restringir la visita del público en general y contratar un conserje ya que hasta entonces las salas habían estado al cuidado de los seminaristas.⁴⁰ Un año más tarde mosén Gudiol escribía: «Contra aquesta pèrdua feta irreparable per les pèssimes condicions d'actuació en que aleshores estaven els organismes encarregats de vetllar per la seguretat pública, en va s'hi lluita».⁴¹ Nuevamente tendría ocasión de manifestar su disgusto cuando hacia fines de 1904 se planteó en el pleno del Ayuntamiento de Vic la posibilidad de suprimir la subvención anual al Museo que, como se ha dicho, era la única fuente fija de ingresos con que contaba la Institución. La propuesta no prosperó, afortunadamente.⁴²

En aquellos primeros años del siglo XX el MEV era una institución de prestigio no únicamente dentro del ámbito catalán si no incluso a nivel europeo. Buena parte de ello se debe a la personalidad de su conservador, Josep Gudiol i Cunill, quien junto al arquitecto Puig i Cadafalch era el historiador del arte con criterios más avanzados que había en Cataluña. Acerca de la trayectoria internacional de nuestra institución podemos recordar que 42 fotografías de imágenes marianas escogidas entre sus colecciones participaron en una magna exposición sobre la materia que tuvo lugar en Roma,⁴³ o las relaciones mantenidas con el historiador suizo Adolf Föh, que estuvo en Barcelona entre 1904 y 1907.⁴⁴ Fue también por aquellas fechas cuando el estudioso italiano Antonio Muñoz llevó a cabo el que sería el primer estudio de conjunto de la pintura románica sobre tabla en el que los frontales del MEV ocupaban un lugar preferente.

Sobre la proyección del Museo en el campo interior podemos constatar como Josep Gudiol entroncó abiertamente con el activo núcleo que Prat de la Riba había aglutinado desde la presidencia de la Diputación de Barcelona y del que, entre otras iniciativas, resultó el nacimiento del

Institut d'Estudis Catalans o la revitalización de la Junta de Museos. Precisamente, la primera de las grandes empresas del IEC (en colaboración con la Junta) fue la llamada «missió arqueològica-jurídica a la ratlla d'Aragó» en verano de 1907 y en la que J. Gudiol intervino, junto a Puig i Cadafalch, el jurista Brocà, el arquitecto Goday y el fotógrafo Mas. Otro de los importantes esfuerzos divulgadores del momento dentro del campo del arte fue el de la «Pàgina artística» de «La Veu de Catalunya» (el periódico que dirigía oficiosamente Prat de la Riba), conducida por Raimon Casellas desde su aparición en 1909 y en la que Mn. Gudiol colaboró a partir de 1911.

Por lo que respecta a la vida económica del Museo la intervención de la Diputación también se dejó sentir, pues en 1908 y 1909 se le concedieron, respectivamente, subvenciones de 2.500 y 1.500 ptas. A partir de 1910 estas aportaciones quedarían establecidas en 1.000 ptas. anuales. Esta dotación se sumaba a la del Ayuntamiento de Vic, el cual, sin embargo, había atrasado sus pagos correspondientes a 1906 y 1907.⁴⁵ Al fin y al cabo el MEV consiguió una mayor disponibilidad económica que le permitió, entre otras cosas, proceder a la edición de las memorias en forma de pequeños opúsculos (desde 1909). Para un comentario general acerca de la economía del Museo nos remitimos al gráfico adjunto.

Con motivo de la estancia en Vic de S. M. el rey Alfonso XIII, concretamente el 5-XI-1908 (tras haber pasado por Arenys de Mar y antes de dirigirse a Ripoll) se procedió a la clarificación de algunas de las salas de Museo —incluyendo la rotulación de piezas— para hacer de la exposición algo más agradable.⁴⁶ Estas reformas no fueron una cosa ocasional ya que tuvieron continuidad: en 1909 se ordenó la sección bibliográfica y en 1910 se integraron los objetos egipcios a los de arte antiguo de modo que fue posible reagrupar en una sola sala bordados, ornamentos litúrgicos, orfebrería y arquetas. 1910 era asimismo el año del centenario del nacimiento de Balmes. Los actos conmemorativos organizados supusieron la visita de personalidades tales como la infanta Isabel, el ministro de gracia y justicia, el gobernador civil, etc...., todo lo cual reportó unos importantes beneficios. Una iniciativa emprendida aquel año fue la de la edición de tres series de 20 postales cada una en las que se reproducían los objetos de más interés conservados en el MEV así como una colección de 390 fotografías formato 24 × 18 cm de igual contenido y preferentemente destinadas a los estudiosos. Realizó estos trabajos la casa J. Thomas de Barcelona, que tenía un gran prestigio en este campo.⁴⁷ Los ya citados trabajos de reordenación quedaron interrumpidos durante algunos años puesto que surgió un grave motivo de preocupación: la estructura arquitectónica de la parte de levante del sobreclaustro cedía ostensiblemente y era necesario reforzarla. Ello se hizo en 1913 gracias a que el obispo consignó un presupuesto especial.

Las adquisiciones de aquellos años supusieron la incorporación de algunos objetos de importancia tales como un ciborio de principios del siglo XIV (1909); el descendimiento de Erill-la-Vall (1911); el frontal románico de Vidrà (1913); tres tablas documentadas como obra de los pintores Cirera y Puig (1913); los restos del retablo de St. Andreu de Gurb,

de Borrassà (1914); etc.... También aumentaron considerablemente las secciones de prehistoria y arqueología gracias a las aportaciones del Centro Excursionista de Vic. Mn. Gudiol había fomentado el excursionismo entre la juventud vicense y en ella halló bien pronto una serie de entusiastas colaboradores.⁴⁸ Desde mediado 1909 la «Gazeta Montanyesa» recoge abundantes notas de sus visitas y excursiones que a partir de 1912 se concentraron en las páginas del «Butlletí del Centre Excursionista de Vich». La entidad se constituyó oficialmente en otoño de 1911 —año del primer congreso del excursionismo catalán— y tenía su sede en la cella del templo romano. Aunque aparentemente desligado de la historia del MEV, en este Centro Excursionista se forjaría la nueva generación de hombres del Museo. El Centro fue el canal a través del cual Mn. Gudiol ejerció su magisterio.

Debemos referirnos aquí al fallecimiento de Torras i Bages (7-II-1916) y, por ende, al relevo en la presidencia de la junta del Museo. Tras unos meses *sede vacante* accedió a la mitra ausonense Francisco Muñoz Izquierdo, que mantuvo la autonomía adquirida por el Museo durante el episcopado de su predecesor y durante cuyo gobierno aumentó considerablemente el número de objetos ingresados, tal y como queda plasmado en el gráfico adjunto. Pese a que este aumento es esencialmente cuantitativo no deja de ser importante.

En el decurso del año 1917 Mn. Gudiol obtuvo dos premios importantes del *Institut d'Estudis Catalans*. Uno era el concurso Martorell, que se concedió a su gran obra *Arqueologia litúrgica de la província eclesiàstica tarragonina* y el otro era un premio destinado a fomentar el conocimiento de los museos públicos no barceloneses. Convocado por primera vez aquel año, era necesario que los conservadores de los museos que desearan concurrir hiciesen llegar un historial de su institución al IEC. El premio de 1.500 ptas. recayó en el MEV y un accésit de 500 ptas. en el Museo Diocesano de Mallorca.⁴⁹ La memoria presentada a este concurso había sido escrita por Mn. Gudiol en diciembre de 1916 y durante aquel 1917 apareció en las páginas de la «Gazeta de Vich». Al año siguiente se editó en forma de libro. Se trata de un texto importante ya que contiene la información fundamental acerca de la historia del Museo hasta aquella fecha y detalla además algunos de los criterios adoptados en su organización.

Mientras, la semilla plantada en el Centro Excursionista comenzaba a fructificar. Un grupo de jóvenes entre los que se hallaban Antoni y Josep Gudiol i Ricart así como Eduard Junyent i Subirà se organizó en un grupo denominado «colla Gurb» que en 1920 se integró en el Centro como sección de exploraciones —llegando a tener, incluso, su propio boletín—. Si la continuidad de esta *colla* no fue muy larga, la experiencia resultó altamente positiva para nuestra institución ya que implicó el comienzo de la vinculación de Eduard Junyent al MEV y tuvo un resultado práctico evidente que se concreta en la «nova instal·lació ausetana», o sea, la sala del Museo dedicada a las primitivas civilizaciones del llano de Vic, inaugurada en 1920.⁵⁰

Hacia algún tiempo que Mn. Gudiol pretendía emprender la redacción de los catálogos de las distintas secciones del MEV, habiendo manifestado un especial interés por la bibliografía.⁵¹ Este propósito se cumplió en 1921.

aunque el *Catàleg dels llibres manuscrits anteriors al segle XVIII del Museu Episcopal de Vich* no apareció en el «Butlletí de la Biblioteca de Catalunya» hasta 1925 (la separata en 1934). Con este trabajo le fue concedido de nuevo el premio del concurso de museos convocado por el *Institut d'Estudis Catalans*. Otro de los propósitos largamente acariciados era el de poder editar una guía práctica de las colecciones. También pudo cumplirse en 1921, siendo publicada por la Sociedad de Atracción de Forasteros —de la que Mn. Gudiol era corresponsal en Vic—. Los trabajos de catalogación prosiguieron con el inicio de la redacción del «Catàleg dels exemplars que formen el Museu Lapidari de Vic, instal·lat al temple romà», manuscrito iniciado por Mn. Gudiol y completado por su primo Segimon Cunill, en quien el conservador había encontrado un despierto e inteligente colaborador. Mn. Gudiol sufría ya por aquellos años (desde 1917) los primeros síntomas de la enfermedad que habría de llevarse para siempre (Parkinson) y por esta razón le era necesario un conservador adjunto que, teniendo en cuenta el estado de las cosas, no podía ser otro que el licenciado Mn. Segimon Cunill i Fontfreda. Su nombramiento oficial se produjo en 1922 y sin duda alguna supo convertirse en un asistente imprescindible.⁵² La enfermedad del conservador impidió que se realizaran nuevos trabajos de readaptación en las salas —cada vez más cercanas al punto de saturación— pero no obstaculizó que este siguiera desarrollando sus excepcionales dotes de historiador del arte, gracias a las cuales fue este uno de los momentos más fecundos de la historia del MEV.

No lo fue bajo el aspecto del crecimiento (limitado por problemas de espacio y la situación económica) pero sí por su condición de centro de animación cultural: consideremos, por lo menos, la labor desarrollada a través del Centro Excursionista y su «Butlletí...» (veritable publicación de historia y de arte) y el estudio intensivo de algunas de las secciones del Museo, a consecuencia de lo cual fueron publicados trabajos esenciales. Efectivamente, es sabido que tras la edición de *Los cuatrocentistas catalanes* —obra preparada a raíz de la exposición de arte antiguo de 1902— Salvador Sanpere i Miquel concibió un ambicioso proyecto para estudiar el conjunto de la pintura medieval catalana. Su muerte se produjo en 1915 sin que lo hubiera podido realizar plenamente y por esta razón el nuevo propietario de la casa que debía haber editado la obra (Salvador Babra, heredero de «L'Avenç») encomendó su continuación a Mn. Gudiol. Éste, que trabó una fuerte amistad con Sanpere mientras preparaba *Los cuatrocentistas* se encontró ante el compromiso de proseguir con un trabajo que hasta entonces se hacía sobre la marcha sin ningún esquema determinado. Obró como le pareció más recto: a partir de los escritos que había dejado el autor difunto intentó completarlos, pero sin hacer una continuación en el sentido estricto de la palabra, sino una complementación con criterios más científicos.

Él mismo lo manifestó así: «Les condicions en que ha estat feta la present obra dedicada a *els trescentistes* ha indicat la conveniència de separar el present treball del que havia deixat escrit en Sanpere. Era impossible d'incloure en un sol volum el treball de dues persones que començaven per no convenir en l'exposició i desenrotllament d'una mateixa

obra».⁵³ Con motivo de la aparición del segundo volumen de *Els trescentistes* la «gaseta de les Arts» dedicó prácticamente todo un número a la figura del conservador del MEV (núm. 9, del 15-IX-1924) por el que nos enteramos de que Mn. Gudiol no cobró su trabajo en dinero si no en especie, es decir, en antigüedades que le proporcionó el propio S. Babra, que a la sazón era editor y anticuario. En esta actitud tenemos un ejemplo claro de la donación que de toda su vida hizo Josep Gudiol i Cunill al Museo de Vic.

Dos trabajos más de considerable importancia aparecieron inmediatamente después de *Els trescentistes*. Uno era el catálogo de la colección de vidrios de la familia Amatller (1925) que en todo momento le había dispensado su apoyo y su ayuda y otro era una monografía sobre Lluís Borrassà (1926) editada por la Academia Provincial de Bellas Artes de Barcelona, de la que Josep Gudiol era miembro desde 1923. Para completar *La pintura mig-aval catalana* ideada por Sanpere i Miquel hacía falta todavía emprender el estudio de las obras anteriores al siglo XIV, cosa que hizo Mn. Gudiol impulsado por Salvador Babra. Antes de publicar *Els primitius* presentó el trabajo al concurso Martorell de 1927, ganándolo nuevamente.⁵⁴ Aquel mismo año apareció ya su primera parte —dedicada a la pintura mural— y en 1929 la segunda —dedicada a la pintura sobre tabla—. *Els primitius* es todavía un muy buen ensayo de corpus para obtener una visión de conjunto de nuestra pintura románica. Se había previsto la edición de una tercera parte de la obra dedicada a la miniatura pero la muerte del editor y los hechos acontecidos durante los años que siguieron lo impidieron. Sin embargo, como los trabajos preparatorios ya se habían realizado el volumen pudo imprimirse en 1955.

A parte de estas publicaciones de alto nivel, el año 1926 la revista «Museum» dedicó todo un número al MEV (vol. VII, núm. 1) para el que su conservador escribió una pequeña síntesis. Por todo lo dicho podemos comprender como Mn. Gudiol había sabido dejar atrás la etapa puramente acumulativa del principio, cuando superadas del todo las circunstancias específicas del tiempo del obispo Morgades, el MEV debió situarse en las nuevas coordenadas de la vida catalana. Si las tenemos en cuenta, veremos como ya no era tan necesario un museo dedicado a salvar obras de arte (las cuales se habían convertido ya en preciados objetos de comercio) como una institución promotora de la cultura. Esto es lo que sucedió: las piezas del Museo se convirtieron en sujetos de estudio, resultando de todo ello textos con validez general para todo el conjunto del arte catalán. Hasta entonces la sección más positivamente valorada del MEV era la románica, prácticamente única; sin embargo, paulatinamente se difundió un mayor conocimiento de nuestro arte románico que en cierto modo hizo perder aquello que de insólito tenía la instalación ausonense. El punto final de esta trayectoria está en la incorporación al Museo de Barcelona de las distintas pinturas murales. Su resultado es una valoración más equilibrada de todas las series de Vic, dotadas ya de una personalidad propia.

4. LOS ÚLTIMOS AÑOS

Fue mosén Gudiol quien aconsejó al joven Eduard Junyent que emprendiera el camino de Roma a fin y efecto de ampliar su formación. Este último había sido ordenado sacerdote en agosto de 1926 y pocas semanas después se incorporaba como primer becario español al *Pontificio Instituto di Archeologia Cristiana*, el cual había iniciado sus actividades aquel mismo verano. Allí fue discípulo —entre otros— de los monseñores Kirsh y Wilpert.⁵⁵ No pasó mucho tiempo antes de que otro de los discípulos de Mn. Gudiol, su sobrino Josep, partiera hacia los Estados Unidos.

Mientras tanto, en Vic se producía un nuevo relevo en la mitra: Antonio Muñoz fue nombrado procapellán de Alfonso XIII y patriarca de las Indias Occidentales, siendo sustituido por Joan Perelló i Pou. El Museo comenzaba ya a manifestar los mismos síntomas de la enfermedad de mosén Gudiol, afectado por una parálisis progresiva y dispersado el núcleo central de sus más directos colaboradores. Se habían presentado una serie de problemas que la incapacitación física del conservador impedía resolver, pese a que contaba con la asistencia de Segimon Cunill. Así, por ejemplo, la presencia ausonense en la exposición «El Arte en España» de la Exposición Internacional de Barcelona (1929) no tuvo relevancia alguna.

Si hemos de valorar lo que significó para el MEV el episcopado de Antonio Muñoz hemos de considerar un balance positivo, pese a que durante el período 1916-1927 se incuban los grandes problemas que posteriormente atenazaron a la institución, evidentemente concentrados alrededor de tres núcleos: la economía, la falta de espacio⁵⁶ y la enfermedad del conservador. Los gráficos adjuntos demuestran claramente que en el período de gobierno del obispo Muñoz se alcanzan altas cimas, aunque a la vez nos damos cuenta de que durante el mismo período se inicia también el descenso hacia niveles de crecimiento y de actividad más bajos. Véase, si no, el importante descenso del número de objetos ingresados —y su calidad— así como la estabilización de la economía, cosa que de hecho implica condiciones cada vez más precarias. La política episcopal respecto del Museo podría ser calificada, creo yo, como «paternal», es decir, procurando cubrir las lagunas que quedaban. Ello tenía sus ventajas —pues mantenía alejada la adversidad— pero, una vez producido el relevo supuso que los problemas se manifestaran con toda su real crudeza, resultando prácticamente paralizantes.

Incrementó su carga negativa la situación personal de Mn. Gudiol y, evidentemente, las soluciones no llegaron hasta su sustitución y la casi simultánea nueva circunstancia política en la que España se adentró. De todos modos, la época de gran prosperidad había pasado para siempre.

El 17 de febrero de 1930 fallecía repentinamente el licenciado Mn. Segimon Cunill i Fontfreda, hasta entonces conservador adjunto y brazo activo de Josep Gudiol.⁵⁷ En él veía su primo el futuro hombre del Museo y por ello, según el que había sido su método de trabajo, le orientó hacia la investigación de archivo, campo en el que comenzaba a despuntar (véanse los trabajos que publicó en el «Butlletí del Centre Excursionista de Vic»). Esta rápida desaparición supuso el final de una determinada esperanza de

futuro pero también la entrada en la órbita del Museo de una persona de formación más amplia y que con el paso de los años demostró ser el más digno continuador de la obra de mosén Gudiol. Por mediación de su sobrino Josep Gudiol i Ricart, aquel se dirigió a Eduard Junyent pensando en él como posible sustituto de Segimon Cunill. El futuro conservador de MEV —que no había perdido su contacto con Vic, pues escribía regularmente en su «Gazeta»— estaba finalizando sus estudios romanos y a punto de coronarlos con la lectura de la tesis *Il titolo di San Clemente in Roma* que se produjo a fines de marzo de 1930. De este modo pasó a ser la primera persona doctorada por el Instituto Pontificio.

Pese a que tenía en marcha ambiciosos proyectos de investigación, como signo de fidelidad hacia quien le había orientado e incluso renunciando a una mayor proyección internacional, en mayo de aquel año retornó a Vic y asumió inmediatamente el cargo de conservador adjunto y al poco tiempo el de archivero.⁵⁸ Su única ocupación, inicialmente, fue la de adaptarse (consta que realizó una corta expedición al Norte de África). Cuando apenas comenzaba a superar este estadio, una nueva adversidad contrarió el ritmo de vida del Museo. La muerte de Mn. Cunill había sido el preludio de la desaparición física de Josep Gudiol i Cunill, consumido por la enfermedad. Le llegó la hora el 10 de abril de 1931, a los 58 años de edad, al poco rato de haber acabado de dictar la memoria del año precedente a quien fue su sucesor. Este la leyó el 26 de abril en la reunión anual de la Junta Directiva.

Había partido para siempre la persona que durante 33 años había guiado los pasos del MEV y, con él, de la vida cultural de la ciudad. Sin embargo, su importancia sobrepasa ampliamente estos límites y podemos situarlo en una posición de vanguardia dentro de un panorama general. El traspaso de Mn. Gudiol ponía el punto final a toda una generación que había puesto en marcha el proyecto de reconstrucción cultural de Cataluña.

Para valorar en términos reales la trascendencia de su aportación hay que tener presente que con Mn. Josep Gudiol el MEV dejó de ser un depósito de obras de arte para convertirse en un foco de cultura abierto a todo el mundo. Él se había entregado a su Museo en cuerpo y alma, convirtiéndolo en la obra de su vida: todos sus actos, todos sus escritos, todas sus actitudes tienen su última motivación en las colecciones iniciadas por el obispo Morgades. La actividad museológica por la que destacó inicialmente fue tornándose a medida que limitaciones de todo tipo se iban imponiendo (y a medida que aquella actividad hallaba eco en otras instituciones que, partiendo con mayor empuje, le seguían los pasos) en una importante actividad investigadora que proveyó la artigrafía catalana de sus primeras visiones de conjunto sobre temas específicos.

No hay que olvidar que el obispo Morgades había desencadenado una campaña masiva de adquisiciones con destino al MEV y que el hombre que de hecho vino a sucederle supo darle un sentido propio más allá del afán acaparador. Una vez superado el alud incontenible de entradas que provocó la política del fundador fue posible, durante el episcopado de Torras i Bages, trabajar con más calma y emprender la labor de estudio y catalogación. Con ello —y acosado por problemas estructurales— el MEV per-

dió quizás algo de su pretensión cosmopolita pero se convirtió en el centro de la actividad cultural vicense, de modo que fundamentaba sólidamente su continuidad. Con la muerte de Josep Gudiol i Cunill se perdía un gran hombre pero quedaba su obra. Y como que no había sido hecha pensando únicamente en sí mismo, si no en toda la comunidad, su continuación pudo ser una labor verdaderamente efectiva.

Desearíamos que en estas páginas hubiese quedado constancia de todo ello.

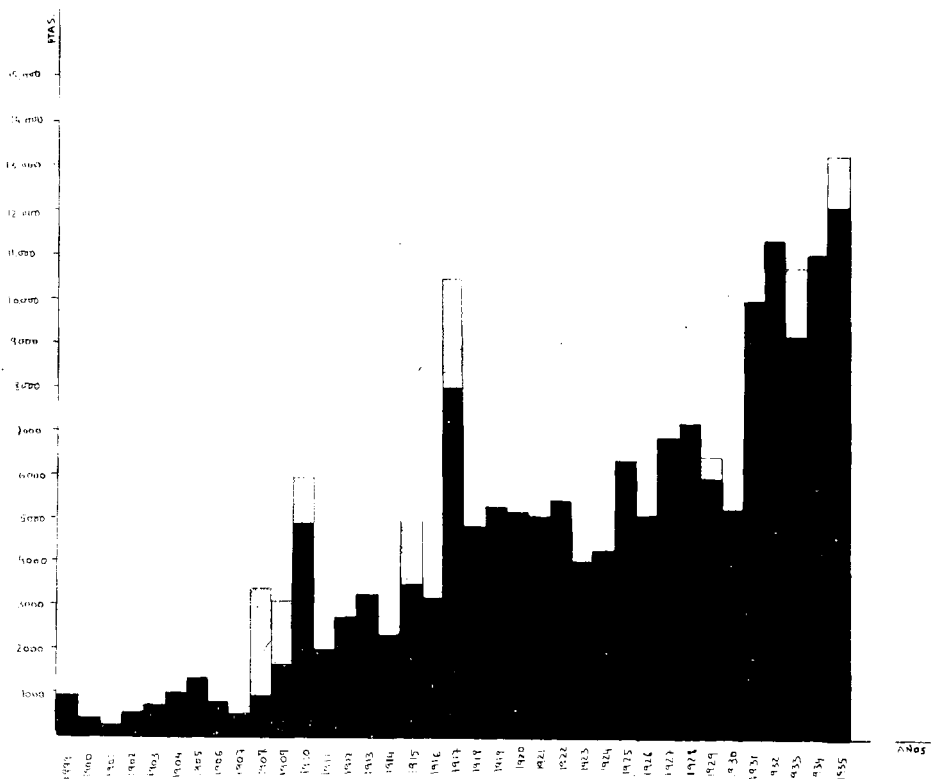


Gráfico I

VIDA ECONÓMICA DEL MUSEO (1899-1935)

Gráfico en el que se reflejan los ingresos registrados por la tesorería del MEV entre 1899 y 1935 y realizado según la información contenida en Gudiol, 1918 (pp. 29-39) y en las memorias anuales. Se representan en negro los ingresos ordinarios (subvenciones de instituciones oficiales;

aportaciones del obispo; sobrantes de años precedentes; rentas obtenidas por la inversión en bienes inmobiliarios; derechos de entrada; venta de publicaciones y de fotografías; etc...) y en gris los ingresos extraordinarios (aportaciones llegadas al Museo de fuera de su ámbito). Las salidas no se representan en tanto que se hacían en función de los ingresos, resultando siempre unas diferencias mínimas entre ambos conceptos, muy a menudo con resultados positivos (únicamente aparecen números rojos en 1913, 1931 y 1932).

Es harto evidente que entre 1899 y 1907 queda perfectamente delimitada una primera etapa, con sus altibajos obedeciendo a la percepción con mayor o menor regularidad de la subvención del Ayuntamiento. En 1908 se registra un salto considerable gracias a la aportación de 2.500 ptas. por parte de la Diputación de Barcelona. Sin embargo, hay que señalar el incremento paulatino de los ingresos ordinarios, que alcanzan una altísima cota en 1910. A partir de entonces la subvención de la Diputación (1.000 ptas.) se convertirá en un ingreso ordinario. Como causas del tirón registrado en aquella fecha cabe apuntar la conmemoración del centenario del nacimiento de Balmes, el donativo de 1.000 ptas. de la Sra. Teresa Amatller o el hecho de haber quedado un resto considerable del año anterior.

En 1911 se volvió a la normalidad. Mn. Gudiol lamentaba en la memoria de aquel año que el Museo no pudiera manejar un capital considerable. De 1911 a 1916 los ingresos oscilaron relativamente poco si bien en 1915 se registra una nueva aportación extraordinaria de Teresa Amatller. A lo largo de la primera quincena del siglo los ingresos habían ascendido desde cantidades ínfimas (inferiores a 1.000 ptas.) hasta estabilizarse alrededor de las 3.000 ptas. En 1917 se registró un nuevo tirón, esta vez por razones más difíciles de especificar. A partir de este año, todos presentan unas oscilaciones más coherentes. Así, por ejemplo, entre 1918 y 1922 los ingresos se sitúan muy ajustadamente alrededor de las 5.000 ptas. (en 1919 la subvención de la Mancomunidad se situó en las 1.500 ptas. y en 1921 la del Ayuntamiento en 750 ptas.). En 1923, con la dictadura, dejó de percibirse la subvención de la Mancomunidad, lo que implicó un nuevo descenso del volumen de ingresos, si cabe más grave por cuanto la situación precedente de estabilidad y el posterior descenso coinciden con un momento económico general de carácter netamente inflacionista. Es por esta razón que en la memoria de aquel año Mn. Gudiol se lamentaba de que «les adquisicions es fan cada dia més difícils a causa dels preus a que arriben sovint els més senzills exemplars arqueològics».

Un nuevo cambio político de signo más favorable para lo catalán señala asimismo un robustecimiento de la economía del Museo. La Generalitat aumentó la antigua subvención de la Diputación (aumentada en 1930 a 1.700 ptas.) hasta 5.000 ptas. y el Ayuntamiento la fijó en 1.000 ptas. Por otra parte se procuró obtener una mayor difusión de las publicaciones del Museo y aumentó el número de visitantes, con lo que también se obtuvieron beneficios. En esta situación más acorde con las circunstancias del momento, aunque tampoco de abundancia, fue posible llevar a cabo unas obras de remodelación que se habían hecho absolutamente impres-

cindibles (su mayor peso, sin embargo, se realizó gracias al donativo de 50.000 ptas. —la cantidad más grande ingresada hasta entonces por el MEV— de una turista americana).

Visto globalmente, el gráfico produce una cierta sensación de irregularidad aunque su trayectoria general sea ascendente. Esta no se corresponde de ninguna manera, sin embargo, con la evolución general de la economía del período si no que refleja los altibajos motivados por las diversas circunstancias políticas que vivió el país. La tónica de conjunto es de modestia: si se tiene presente, por ejemplo, que cuando la Junta de Museos de Barcelona adquirió en 1932 la colección Plandiura lo hizo por 7 millones de pesetas. —cantidad que entonces pareció exagerada !— queda en evidencia la efectividad de la labor llevada a cabo por el MEV con posibilidades económicas ínfimas.

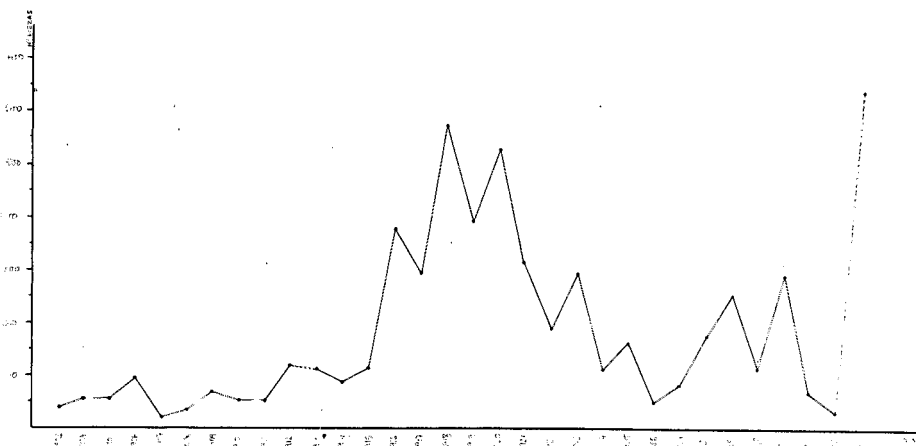


Gráfico II

ADQUISICIONES DEL MUSEO (1903-1934)

Gráfico en el que se representa la evolución de los ingresos de objetos en el MEV entre 1903 y 1934. Realizado en base a los datos que proporciona el inventario manuscrito. Antes de proceder a su análisis cabe señalar sus dos esenciales limitaciones: 1.º, el gráfico representa únicamente cantidades y no calidades, y 2.º, a menudo el inventario da un número único a series completas de objetos e incluso se recogen en él series completas de objetos ya ingresadas con anterioridad (en 1921 lo fueron todos los manuscritos del cabildo y en 1934 los tejidos).

El año 1903 se abre con un registro de 3.746 objetos, los cuales aumentarían hasta cerrarse 1934 con 9.684. Ello significa que durante este período queda inventariado un total de 5.943 piezas, es decir, un promedio anual aproximado de 190 entradas. Aunque quede lejano el ideal marcado por el obispo Morgades de adquirir diariamente un objeto, el promedio es una cifra importante que denota una muy considerable vitalidad.

Si comparamos este gráfico con el del régimen económico es evidente que en el presente se acentúa mayormente la irregularidad, e incluso que los altos y los bajos de ambos no concuerdan del todo. Ello podría explicarse, en parte, porque con mayores disponibilidades podían hacerse adquisiciones más buenas (= más caras), determinando mayor cantidad pero menor calidad.

Un primer período claramente delimitado es el que queda cubierto entre 1903 y 1915, puesto que durante el mismo el año que registra más ingresos supera escasamente el centenar. Durante este período las adquisiciones son, por lo general, de regular importancia con algunos ejemplares de remarcable categoría. El propio Mn. Gudiol se sorprendía en 1913: «ni jo mateix entenc —dice— com amb un tan reduït capítol d'ingressos i gastos pot arribar-se tan enllà».

Entre 1916 y 1921 se sitúa el período con un mayor número de entradas (1916 es en el año del inicio del episcopado del obispo Muñoz) y entre 1922 y 1926 se sitúa una etapa descendente que coincide con unos años económicamente críticos. Los ingresos son entonces principalmente de objetos de importancia secundaria, con los cuales se redondeaba el objetivo esencial —ya conseguido— de consolidar el MEV.

En el último período se inicia otra corriente ascendente, coincidiendo con la situación económica comentada. El salto de 1934 es absolutamente ficticio por las razones apuntadas al principio.

En líneas generales podemos concluir señalando que en este gráfico destaca un período central de gran actividad, comprendido en la década 1916-1925 (básicamente el episcopado de Francisco Muñoz), por lo cual cabe pensar que si la economía del MEV oscila con arreglo a motivaciones políticas, las adquisiciones lo hacen según el carácter de cada uno de los episcopados.

1. El presente trabajo se basa en una parte de mi tesis de licenciatura, que fue dirigida por el Dr. Joaquín Yarza y realizada con la ayuda económica de un *Ajut de treball* que me concedió la entidad *Omnium Cultural*.

2. Se hallarán biografías completas de mosén Gudiol en (Eduard JUNYENT): *Mn. Josep Gudiol i Cunill, prev. Notícia biogràfica i bibliogràfica*, Vic, 1931; *A la memòria de mossèn Josep Gudiol* «Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya» n.º 433 (junio 1931) y Eduardo JUNYENT: *Galeria de vicenses il·lustres. Mn. José Gudiol y Cunill. 1872-1931* Vic; 1948. Acerca del Museo Episcopal véase nuestro trabajo *Bibliografia del Museu Episcopal* en prensa para la revista «Ausa».

3. *Catálogo de la exposición arqueológico-artística celebrada en la ciudad de Vich por su M. Il·ltre. Ayuntamiento en octubre del año 1868*. Vic, 1868, p. 4.

4. Miquel S. SALARICH TORRENTS: *Història del Cercle Literari*. Vic, 1962, p. 92.

5. «La Veu del Montserrat» año III, n.º 4 (24 enero 1880) pp. 30-31. De ahora en adelante se citará LVdM.

6. LVdM año V, n.º 9 (4 marzo 1882), p. 69 y año III, n.º 30 (24 julio 1880), p. 250.

7. LVdM año V, n.º 52 (30 diciembre 1882), p. 414.

8. LVdM año V, n.º 44 (4 noviembre 1882), p. 348.

9. LVdM año IX, n.º 9 (27 febrero 1886), p. 70.

10. LVdM año IX, n.º 1 (2 enero 1886), p. 6 y año X, n.º 30 (23 julio 1887) p. 239.

11. Josep Pla lo ha descrito de esta forma tan gráfica: «La força de don Ramon Corbella contribuï poderosament a la formació del Museu Episcopal de Vic. Els qui no han vist arribar a don Ramon muntat a cavall, obrint la marxa al bisbe Morgades i a mosèn Gudiol de retorn d'una excursió arqueològica, portant a l'espatlla una majestat o un frontal romànic, no saben com es formà la gran, inoblidable obra de Morgades. Un dia entrà don Ramon en una quadra de la rectoral de Sant Joan de Fàbregues i hi descobrí el millor retaule del Museu. La taula estava col·locada de cap per avall i servia per a mantenir una pallissa que hi havia al fons de la quadra. Al senyor canonge, li vaig sentir contar coses sobre l'abandó i la incúria en que foren trobades tantes meravelloses obres d'art...» de Josep PLA: *Un senyor de Barcelona*. Barcelona, 1972, pp. 261-262.

12. LVdM año XI, n.º 33 (18 agosto 1888), p. 262.

13. LVdM año XII, n.º 3 (19 enero 1889), p. 22 y n.º 4 (26 enero 1889), p. 30.

14. Según Joseph GUDIOL y CUNILL: *El Museu arqueològic-artístic episcopal de Vich. Historial y organització*. Vic, 1918, pp. 9-10. De ahora en adelante citará Gudiol 1918.

15. LVdM año XII, n.º 9 (2 marzo 1889), p. 70.

16. En «Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Vich», n.º 980 (15 julio 1889), pp. 225-226.

17. Las piezas que custodiaba la seo de Manresa fueron trasladadas a Barcelona con motivo de la Exposición Universal y, una vez clausurada, integradas en el MEV. La mayor parte de ellas retornó a su punto de origen con motivo de la «exposición general manresana» del año 1901. Ejemplo paradigmático de ello es el frontal florentino de Geri Lapi, el cual figura en el catálogo del MEV con el número 2050. Véase Josep M. GASOL: *La seu de Manresa*. Manresa, 1978, p. 287. Ripoll y Sant Joan de les Abadesses, que todavía habían de pasar por la restauración, no vieron consumarse el proyecto.

18. LVdM año XII, n.º 31 (3 agosto 1889), p. 246 y n.º 50 (14 diciembre 1889), páginas 397-398.

19. Gudiol 1918, pp. 13-14.

20. LVdM año XIV, n.º 16 (18 abril 1891), p. 125.

21. F. MIQUEL y BADIA: *El Museo Diocesano de Vich* «Diario de Barcelona» (25 marzo 1890), pp. 3836-3839.

22. Reseñas del acto inaugural en LVdM año XIV, n.º 28 (11 julio 1891), pp. 219-221 y en «Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Vich», n.º 1033 (15 julio 1891), páginas 323-326.

23. LVdM año XIV, n.º 28 (11 julio 1891), p. 223.

24. No se considera museo diocesano el que desde 1869 existía en la catedral de Tarragona, puesto que no adquirió este carácter hasta alrededor de 40 años después. Véase Juan SERRA VILARÓ: *Santa Tecla la vieja*. Tarragona, 1960, pp. 42-44.

25. La figura de Jaume Collell, que entronca con la tradición del núcleo clerical vicense, es determinante en este sentido. Conocida es su influencia sobre los obispos Morgades y Torras. Incluso muchas de las personalidades que se han relacionado con los orígenes del Museo —Serra i Campdelacreu, Genís i Aguilar, etc.— estaban inspiradas por los principios del catalanismo del canónigo Collell. Poco tiempo después de la inauguración del MEV, la revista «La España Regional», portavoz de un catalanismo moderado, también le dedicó un artículo.

26. LVdM año XV, n.º 25 (18 junio 1892), p. 198.

27. Gudiol 1918, p. 19.

28. Una relación completa de las mismas se hallará en nuestro artículo, ya citado, *Bibliografía del Museu Episcopal*.

29. LVdM año XVII, n.º 15 (7 abril 1894), p. 114.

30. Gudiol 1918, p. 21.

31. LVdM año XVI, n.º 27 (8 julio 1893), p. 220.

32. Gudiol 1918, pp. 19-21.

33. *Ibid.*

34. LVdM año XVII, n.º 45 (3 noviembre 1894), p. 354.

35. Gudiol 1918, p. 31.

36. LVdM año XXII, n.º 43 (28 octubre 1899), pp. 338-339 y n.º 44 (4 noviembre 1899), pp. 347-348.

37. (Eduard JUNYENT): *Mn. Josep Gudiol i Cunill, prev. Notícia biogràfica i bibliogràfica*. Vic, 1931, p. 6. De ahora en adelante se citará Junyent 1931.

38. *Ibid.*, p. 7.

39. Sobre el asunto, véase: Joseph GUDIOL y CUNILL: *Un recort trist. Un robo del Museu de Vich* «Página artística de la Veu», n.º 89 (31 agosto 1911) y M. T.: *El furt del Museu Episcopal de Vich* «Il·lustració catalana» n.º 9 (2 agosto 1903), pp. 139-140.

40. Gudiol 1918, pp. 26-27.

41. *Ibid.*, p. 26.

42. Just Cassador: *La subvenció al Museu* «Gazeta Vigatana» n.º 88 (2 noviembre 1904).

43. «Gazeta Vigatana» n.º 108 (11 enero 1905).

44. «Gazeta Montanyesa» n.º 74 (25 agosto 1906) y n.º 77 (5 setiembre 1906).

45. Gudiol 1918, pp. 35-36.

46. Joseph GUDIOL y CUNILL: *El Museu Arqueològic-artístic episcopal de Vich en 1908*. Vic, 1909, pp. 4-5.

47. Joseph GUDIOL y CUNILL: *El Museu Arqueològic-artístic episcopal de Vich en 1910*. Vic, 1911, p. 5.

48. En una conferencia que pronunció con motivo del 25 aniversario del Centre Excursionista de Catalunya sobre el tema «el excursionismo y la arqueología» mn. Gudiol había afirmado entre otras cosas: «l'excursionisme, en proposar-se conèixer Catalunya, no pot desperdiciar un mètode tan racional i complet com és l'arqueologia». Véase: Joseph GUDIOL y CUNILL: *L'excursionisme i l'arqueologia*. Barcelona, 1902, p. 15.

49. Institut d'Estudis Catalans. Secció Històrico-Arqueològica. *Anuari MCMXV-XX*. Vol. VI, Barcelona, 1923, pp. XXIV-XXV.

50. Antoni GUDIOL i RICART: *La joventut del Dr. Eduard Junyent «Vic»* (5 julio 1979).

51. GUDIOL, 1918, p. 64

51. Joseph GUDIOL y CUNILL: *El Museu Arqueològic-artístic episcopal de Vich en 1922*. Vic, 1923, p. 21.

53. Joseph GUDIOL: *La pintura mig-aval catalana* Vol. II (*Els trescentistes. Segona part*), Barcelona, s.d., p. VIII.

54. Junyent 1931, p. 12.

55. Josep GUDIOL i RICART: *Inicis d'una vocació científica «Ausa»* Vol. VIII (1975-1979), p. 374.

56. Ya en 1919 Feliu Elias había denunciado en un artículo aparecido en el periódico «La publicidad» (30-VIII-1919) el precario estado de muchos museos diocesanos, incluyendo en ellos —quizás injustamente— al MEV. Su artículo mereció una réplica de mn. Gudiol en la «Gazeta de Vich», n.º 2078 (11 setiembre 1919), pp. 2-3. Eduard Junyent describía así, años más tarde, aquella situación: «Los objetos empezaron a amontonarse de tal modo que la impresión del conjunto daba el triste aspecto de un almacén de antigüedades. A medida que fue progresando el aumento de las colecciones el área por ellas ocupada se hizo sentir cada vez más insuficiente. La acumulación de objetos impidió la distinción de valores ni de secciones; las vitrinas obstaculizaron la perfecta visualidad de las salas cuyas paredes se inundaron de piezas apretujadas, la mayor parte colocadas unas encima de otras». Véase E. JÚNUENT: *Un siglo del Museo episcopal de Vich*, «Ausa», Vol. V (1964-67), pp. 352-353.

57. Joseph GUDIOL y CUNILL: *El Museu Arqueològic-artístic episcopal de Vich en 1929*. Vic, 1930, p. 3.

58. Josep GUDIOL i RICART: *Inicis...* p. 376.